

APIANO

HISTORIA  
ROMANA

I

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

## IX

### SOBRE MACEDONIA

(FRAGMENTOS)

#### 1

Los romanos no prestaron, en absoluto, la menor atención a Filipo de Macedonia cuando comenzó a hacerles la guerra, ni supuso para ellos objeto alguno de preocupación, dado que todavía Italia sufría los embates de Aníbal, el general de los cartagineses, y ellos mantenían grandes ejércitos en África, Cartago e Iberia, y trataban de restablecer la situación en Sicilia. Sin embargo, el propio Filipo, llevado por el ansia de acrecentar su imperio y sin que mediara previo agravio, envió embajadores a Aníbal en Italia, a cuyo frente iba Jenófanes, prometiéndole que combatiría a su lado como aliado en Italia, si él, por su parte, llegaba al acuerdo de ayudarle a sojuzgar Grecia. Aníbal convino en ello y ratificó con juramento el tratado<sup>1</sup> enviando, a su vez,

---

<sup>1</sup> Sobre las fuentes y el valor histórico de este libro, remitimos, en general, a la obra, ya citada en la bibliografía, de P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Appiano*, Roma, 1955. Véase, sobre el tratado entre Aníbal y Filipo V, E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique*, I-II (Annales de L'Est 32), Nancy, 1967, en particular el vol. II,

embajadores para tomar el juramento a Filipo, pero una trirreme romana capturó a los embajadores de ambos durante la travesía de regreso y los condujo a Roma. Filipo, irritado por este suceso, atacó Corcira<sup>2</sup> que era aliada de los romanos.

(Exc. de las embajadas de los pueblos 30, pág. 559)

## 2

Los libros sibilinos instaban a los romanos a la guerra contra Filipo. Éste era el pasaje:

*Los macedonios se ufanan con los reyes argéadas<sup>3</sup>, para vosotros, como rey, provecho y ruina será Filipo: en verdad el más viejo (de este nombre) a las ciudades y [pueblos*

---

págs. 70-73, con bibliografía (en adelante lo citaremos: WILL, I o II). Sobre la figura de Filipo V de Macedonia, consúltese en especial F. W. WALBANK, *Philip V of Macedon*, 2.<sup>a</sup> ed., Cambridge, 1967 (en adelante citado: WALBANK, *Philip...*).

<sup>2</sup> Sobre la supuesta expedición a Corcira, véase WALBANK, *Philip...*, pág. 299).

<sup>3</sup> El texto griego dice *argeádēsín*, traducido por White como argivos. Creo que puede mantenerse *argéadas* como hacemos en nuestra versión. Los reyes argéadas eran una dinastía muy famosa de reyes macedonios que, antes de la expansión macedonia, llegaron a gobernar sobre una tribu de los macedonios, los llamados argéadas que pretendían ser descendientes de Argeas un hijo de Macedón (véase *Steph. Byzan.*, s. v. *Argéou*). Era una dinastía extranjera, descendiente, al parecer, de los Teménidas del Argos peloponésico. Los Teménidas eran, a su vez, descendientes de Témeno, uno de los Heráclidas que fue rey de Argos en el Peloponeso. Estos argéadas macedonios, según testimonio del propio Apiano (*Sir.* 63), habitaron en otra ciudad llamada Argos, del distrito macedonio de Oresteia, así que la relación con la dinastía argiva resulta evidente. Pese a ello, aquí pensamos que debe mantenerse el término argéadas. Sobre esta cuestión, véase N. G. L. HAMMOND, *A history of Macedonia*, vol. I, Oxford, 1972, págs. 430-434.

*gobernantes les dará, el más joven, en cambio, su honor  
[entero  
perderá y, vencido por los hombres del oeste, aquí  
[perecerá.*

*(Exc. de las sentencias 22, pág. 70)*

## 3

Embajadores de Tolomeo, rey de Egipto, y junto <sup>1</sup> con ellos, otros enviados por los de Quíos, Mitilene y Aminandro, rey de los atamanes, se reunieron por dos veces para tratar de solventar las diferencias entre los romanos, los etolios y Filipo, precisamente en el lugar en que los etolios solían llamar a consulta a las ciudades. Pero Sulpicio dijo que no estaba en su mano decidir nada acerca de la paz y escribió en secreto al senado que era útil para los romanos que los etolios continuaran en guerra con Filipo. El senado, en consecuencia, impidió el tratado y envió diez mil soldados de infantería y mil de caballería como ayuda a los etolios, con cuyo apoyo estos últimos se apoderaron de Ambracia, que, no mucho después, volvió a recuperar Filipo al partir ellos de regreso. Los embajadores se reunieron de nuevo y expusieron clara y repetidamente que Filipo y los etolios, por mor de sus diferencias, arrastraban a los griegos a la esclavitud de Roma, al acostumar a los romanos a intervenir con frecuencia en los asuntos internos de Grecia. Sulpicio, entonces, se levantó para replicarles, pero la multitud no quiso escucharle, sino que manifestó a gritos que los embajadores habían hablado bien. Finalmente, los etolios, por propia <sup>2</sup> iniciativa, pactaron con Filipo sin contar con los romanos, y embajadores de Filipo y de los romanos llegaron a Roma para tratar de encontrar un acuerdo. Se

firmó, en efecto, un tratado<sup>4</sup> entre los romanos y Filipo, sobre la base de que ninguno agraviara a los amigos de cada uno de ellos. En esto acabó la primera confrontación de tanteo entre Filipo y los romanos, sin que a ninguno les pareciera el tratado seguro ni efectuado en virtud de la buena voluntad.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 31, pág. 560*)

## 4

Poco tiempo después, Filipo, tras recabar una flota de sus súbditos marítimos, se apoderó de Samos y de Quíos, devastó una parte del territorio del rey Atalo e, incluso, llevó a cabo un ataque contra la misma Pérgamo sin respetar templos ni tumbas. También saqueó la Perea de los rodios, que fueron sus mediadores en el tratado de paz, y con otra parte de su ejército, causó daños al Ática y puso cerco a Atenas, convencido de que ninguno de estos países tenía nada que ver con los romanos. Además, corría el rumor de que Filipo y Antíoco, el rey de Siria, se habían dado promesas mutuas de ayudar Filipo a Antíoco en su campaña contra Egipto y Chipre, de donde era rey entonces, siendo todavía un niño, Tolomeo IV, apodado Filópator<sup>5</sup>, y a su vez, Antíoco a Filipo en la suya contra Cirene, las islas Cícladas y Jonia. Este rumor, que causó una honda conmoción a todos, lo pusieron los rodios en conocimiento de Roma. A la acción de los rodios se sumaron los embajadores atenienses, que acusaron a Filipo del asedio a su ciudad, y también los etolios, cambiando de actitud, lo acusaron de haber actuado de mala fe hacia ellos y solicitaron ser inscritos de nuevo como aliados

---

<sup>4</sup> Paz de Fenice, año 205 a. C.; sobre su entorno, véase E. WILL, II, págs. 80-85.

<sup>5</sup> Debe de ser Tolomeo V Epifanes.

de los romanos. Estos últimos reprocharon a los etolios su reciente sublevación, pero enviaron embajadores a ambos reyes para advertir, de una parte, a Antíoco de que se abstuviera de atacar a Egipto, y de otra, a Filipo de que no causara molestias a los rodios ni a los atenienses ni a Atalo ni a cualquier otro amigo de los romanos. Filipo les respondió que estaría en buenas relaciones con los romanos, en el caso de que se atuvieran al tratado de paz que habían pactado con él. De esta forma, quedó roto el tratado y un ejército romano se apresuró a marchar a Grecia con Publio, como jefe de las fuerzas de tierra, y Lucio, de la armada.

(*Exc. de las embajadas de los romanos 32, pág. 560*)

## 5

Filipo, rey de los macedonios, fue a conferenciar con Flaminio, reunión motivada por los embajadores epírotas con objeto de llegar a un pacto. Y, cuando Flaminio ordenó a Filipo que abandonara Grecia, no en provecho de los romanos, sino de las propias ciudades griegas, y que recompensara los daños ocasionados a los que habían sido víctimas de una violación de los tratados, Filipo, por una parte<sup>6</sup>...

(*Exc. de las sentencias 23, pág. 70*)

## 6

Un pastor prometió conducir a un ejército equipado con armas ligeras por un camino poco frecuentado, en tres días.

(*Suda, s. v. eúzōnoi*)

---

<sup>6</sup> Faltan dos folios en el manuscrito. Sobre la postura filogriega de Flaminio y, en general, sobre el cambio de la política romana en Grecia en este momento, véase E. WILL, II, págs. 130-133, con bibliografía específica sobre el tema.

## 7

Lucio Quintio envió embajadores a la Liga Aquea, quienes trataron de convencerles de que se pasaran a su lado en compañía de los atenienses y rodios y abandonaran a Filipo, y también los envió Filipo, por su parte, recabando ayuda de ellos en calidad de aliados suyos. Pero los aqueos, inquietos por una guerra particular y vecina con Nabis, tirano de los lacedemonios, mantenían criterios opuestos entre sí y estaban dubitativos, y la mayoría prefirió mantenerse al lado de Filipo y dar la espalda a los romanos, debido a ciertos ultrajes del general Sulpicio a Grecia. Sin embargo, como quiera que los partidarios de Roma persistían con vehemencia en su actitud, la mayoría se retiró de la asamblea a disgusto y el resto, obligado por lo exiguo de su número, hizo un pacto con Lucio y en seguida lo acompañaron contra Corinto con máquinas de guerra<sup>7</sup>.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 11, pág. 72)

## 8

Flaminio celebró de nuevo una conferencia<sup>8</sup> con Filipo en el golfo de Malia y allí, tras acusar a Filipo los rodios, etolios y Aminandro el atamano, ordenó a aquél que evacuara las guarniciones de la Fócide y que ambas partes enviaran embajadores a Roma. Una vez que esto tuvo lugar, los griegos pidieron en el senado

<sup>7</sup> DE SANCTIS, IV 1, pág. 66, n. 134, piensa que Apiano sigue aquí una versión menos filorromana al hacer depender la alianza de la imposición por parte de una minoría prepotente. (Para otras fuentes antiguas de este suceso, véase Liv., XXXII 19-22; PLUT., *Flam.* 5; ZON., IX 16).

<sup>8</sup> Sobre la conferencia de Lócride, véase el trabajo excelente de HOLLEAUX, «Les conférences de Lokride et la politique de T. Quinctius Flaminius», *Rev. Ét. Grec.* 36 (1923), 115-171.

romano que Filipo sacara de Grecia las tres guarniciones que él llamaba «cadenas de Grecia», una en Calcis, que amenazaba a los beocios, a los de Eubea y a los locrios, otra en Corinto, que a modo de puerta cerraba el Peloponeso, y la tercera en Demetrias, que ejercía la vigilancia sobre los etolios y los magnesios. El senado preguntó a los embajadores de Filipo qué pensaba el rey sobre estas guarniciones, y al responderle ellos que lo ignoraban, dijo que Flaminino decidiera y actuara como considerase justo. De este modo, los embajadores partieron de Roma, de regreso, y Flaminino y Filipo, sin haber llegado a un acuerdo, se dispusieron de nuevo para la guerra.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 33, pág. 560)

## 9

Derrotado otra vez Filipo<sup>9</sup>, envió un heraldo a Flaminino para tratar de negociar un acuerdo. Y éste, una vez más, convino en conferenciar con él a pesar de que los etolios se disgustaron mucho y lo acusaron de dejarse sobornar, censurándole la facilidad con que cambiaba de criterio en todo. No obstante, él pensaba que no beneficiaba a los romanos ni a los griegos el hecho de que, aniquilado Filipo, se acrecentara en demasía la fuerza de los etolios. Y, tal vez, también su victoria inesperada le hacía sentirse satisfecho. Tras acordar el lugar al que debía acudir Filipo, exhortó a los aliados a que expusieran públicamente su opinión ciudad por ciudad. El parecer de los demás era moderado, dado que veían con recelo lo incierto de la fortuna, a juzgar por lo que le había ocurrido a Filipo, cuyo fracaso atribuían no tanto a su debilidad como a la

---

<sup>9</sup> En Cinoscéfalos; el año anterior había sido derrotado en el río Aoo.

mala suerte. Por el contrario, Alejandro, el proedro de los etolios, afirmó que Flaminino desconocía que ninguna cosa beneficiaría a los romanos y a los griegos, excepto la total destrucción del imperio de Filipo.

2 Flaminino, a su vez, replicó que Alejandro desconocía la naturaleza de los romanos; que jamás habían destruido a ningún enemigo en un primer momento, sino que habían otorgado su perdón a muchos de sus ofensores y, muy recientemente, a los cartagineses devolviéndoles sus propiedades y haciendo amigos a los que les habían agraviado. «Y desconoces —dijo— también esto, que muchas tribus bárbaras, en la periferia de Macedonia, harán fácilmente incursiones contra los griegos, si alguien destruye a los reyes macedonios. Por lo cual, yo considero oportuno dejar el imperio de los macedonios para que combata a los bárbaros en vuestro lugar, pero que Filipo ceda a los griegos los lugares que antes rehusó ceder y que pague a los romanos doscientos talentos para sufragar los gastos de la guerra y entregue rehenes del más noble linaje y a su propio hijo Demetrio. Y hasta que el senado ratifique estas condiciones, que haya una tregua de cuatro meses».

3 Filipo aceptó todas estas condiciones y el senado, al enterarse de la paz, la ratificó, pero considerando que los términos de Flaminino eran ramplones e impropios, ordenó que las ciudades griegas que habían estado bajo Filipo fueran todas libres, que Filipo evacuara de ellas las guarniciones antes de los próximos juegos Ístmicos, que entregara a Flaminino cuantas naves tenía, a excepción de una sola con seis bancos de remos y cinco barcos pequeños acorazados, que pagara a los romanos de inmediato quinientos talentos de plata y quinientos más en diez años, remitiendo a Roma la parte proporcional de cada año y que devolviera también a todos los prisioneros de guerra y desertores romanos que tuviese. El senado añadió estas condiciones

y Filipo las aceptó todas, por lo que, y de forma muy especial, quedó patente la cicatería de Flaminino. Según era la costumbre al finalizar una guerra, le enviaron diez hombres como consejeros, con cuyo asesoramiento debía disponer las adquisiciones nuevas<sup>10</sup>.

Así lo hizo en compañía de aquellos y, luego, encaminándose al lugar de celebración de los juegos Ístmicos, cuando el estadio estaba abarrotado de público, indicó por medio de la trompeta que se guardara silencio y ordenó decir al heraldo la proclama siguiente: «El pueblo de Roma, el senado y el general Flaminino, tras derrotar en la guerra a los macedonios y a su rey Filipo, dejan que Grecia, libre de guarniciones extranjeras y exenta de tributo, se sirva de sus propias costumbres y leyes.» Se produjo el más grato de los alborotos, como consecuencia del gran griterío y alegría suscitados por este motivo, ya que uno tras otro invitaban al heraldo a que repitiera la proclama junto a ellos. Arrojan coronas y cintas sobre el general y le decretaron estatuas en sus ciudades. Asimismo, enviaron al Capitolio embajadores con coronas de oro quienes manifestaron su agradecimiento y se inscribieron entre los aliados de los romanos. Y así terminó esta segunda guerra entre los romanos y Filipo.

No mucho tiempo después, Filipo prestó ayuda a los romanos en Grecia en la guerra de aquéllos contra el rey Antíoco, y cuando atravesaban un camino de tránsito difícil a través de Tracia y Macedonia en dirección a Asia para atacar a Antíoco, los escoltó con sus propias tropas, con alimentos y recursos haciéndoles accesible la ruta, uniendo con puentes ríos difíciles de cruzar y dispersando a los amenazadores tracios hasta

---

<sup>10</sup> Sobre este tratado de paz, para el que el testimonio de Apiano es particularmente importante, véase el estado de la cuestión en E. WILL, II, págs. 139-140.

que los condujo al Helesponto. Por su actuación, el senado puso en libertad a su hijo Demetrio, que permanecía como rehén entre ellos, y condonó la suma de dinero que todavía debía. Estos mismos tracios, cuando regresaban los romanos después de su victoria sobre Antíoco y no los acompañaba ya Filipo, los despojaron del botín y mataron a muchos, con lo cual se demostró sobremanera cuán valiosa había sido la ayuda de Filipo al comienzo de la campaña.

- 6 Finalizada (la guerra de Antíoco)<sup>11</sup>, muchos acusaban a Filipo de haber violado o no haber puesto en práctica algunos de los términos que había fijado Flaminio cuando arreglaba los asuntos de Grecia. Demetrio marchó como embajador para responder de los cargos en defensa de su padre y fue acogido con alegría por los romanos, después de tanto tiempo desde su estancia como rehén, recomendándolo encarecidamente Flaminio al senado. Como era joven y estaba aturrido, le ordenaron leer el informe sobre su padre, en el que estaban anotados, uno por uno, los actos ya realizados y los que se disponía a realizar, aunque estaban estipulados como injustos, pues también esta observación figuraba añadida a muchas anotaciones. No obstante, el senado, en consideración a su reciente y celosa actuación en relación con Antíoco, dijo que lo perdonaba y añadió: «a causa de Demetrio». Sin embargo, Filipo, que había sido de suma utilidad para los romanos, como todos reconocían, en la guerra contra Antíoco, y que era manifiesto que hubiera podido causarles mucho daño, si hubiera cooperado con Antíoco cuando éste se lo pidió, y que esperaba mucho de esta acción suya, y veía, en cambio, que era objeto de desconfianza y era acusado y tenido por digno de perdón más que de gratitud, e incluso aquello, a causa de Demetrio, estaba

---

<sup>11</sup> Conjetura de Mendelssohn.

llo de odio e indignación, aunque mantenía ocultos ambos sentimientos. Pero cuando, además, los romanos, con motivo de una cierta causa de arbitraje, transfirieron una buena parte del territorio de Filipo a Éumenes buscando en todo momento debilitarlo, se preparó ya de una forma oculta para la guerra.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 34, pág. 561*)

## 10

Filipo destruyó a los que navegaban contra él para que no dijeran a los romanos que había sido aniquilado el poder de los macedonios.

(*Suda, s. v. tetrâsthai*)

## 11

Los romanos miraban con recelo el auge meteórico <sup>1</sup> de Perseo y, sobre todo, les irritaba su vecindad con los griegos y su amistad con unos hombres en los que los generales romanos habían despertado el odio hacia Roma. Y cuando, además, los embajadores enviados al país de los bastarnas afirmaron que habían visto que Macedonia estaba sólidamente fortificada y que contaba con armamento suficiente y una juventud ejercitada, estas noticias conturbaron también a los romanos. Pero Perseo, al darse cuenta de ello, envió otros embajadores tratando de disipar sus sospechas. Y entretanto, también Éumenes, el rey de la parte de Asia que está en torno a Pérgamo, temiendo a Perseo por causa de su enemistad con Filipo, se dirigió a Roma y, tras presentarse en el Senado, acusó públicamente a aquél de que había sido hostil a Roma en todo momento y había dado muerte a su hermano por su buena disposición hacia los romanos. Le acusó, además, de haber contribuido a que Filipo reuniera un arsenal tan grande contra ellos

y de que, una vez que fue rey, no lo redujo un ápice, sino que incluso lo incrementó con otras adquisiciones, así como de atraerse a Grecia, de forma desmesurada, con su ayuda militar a los bizantinos, etolios y beocios, de haberse apoderado de Tracia, una inmensa base de operaciones fortificada, y haber provocado disensiones en tesalios y perreos cuando quisieron enviarles una embajada a los romanos.

2 «Y de entre vuestros amigos y aliados —dijo— ha despojado de su reino a Abrúpolis, y dio muerte, por medio de una conspiración, a Artetauro, príncipe entre los ilirios, y otorgó una recompensa a sus asesinos.» También le inculpó de sus bodas con extranjeras, dos de ellas de sangre real, y de que en sus procesiones nupciales eran escoltados por la totalidad de la flota rodia. E, incluso, convirtió en objeto de acusación su carácter solícito, su régimen de vida frugal, pese a ser tan joven, y el hecho de que se había granjeado el cariño y la alabanza de muchos en poquísimos tiempo. Éumenes, sin omitir nada que pudiera despertar en ellos celos, envidia o temor, más bien que haciendo acusaciones objetivas, exhortó al senado a mirar con recelo a un enemigo joven que gozaba de estima y vivía no lejos de ellos.

3 Y el senado decidió hacer la guerra a Perseo, en realidad porque no juzgaba conveniente tener en un flanco a un rey prudente, laborioso, lleno de sentimientos humanitarios hacia muchos, tan unánimemente alabado y que, además, había heredado de su padre su enemistad hacia ellos, pero, en apariencia, porque se había hecho eco de las acusaciones de Éumenes. No obstante, mantuvieron esta decisión todavía como un secreto entre ellos y, cuando Hárpalo, enviado por Perseo para responder a Éumenes, y un embajador de los rodios quisieron refutar a Éumenes cara a cara, no los admitieron mientras aún se hallaba presente éste, pero

cuando se hubo marchado los recibieron. Y ellos, después de dejar entrever su enojo en primer lugar por este motivo y hablando con demasiada franqueza, exasperaron aún más a los romanos, que ya querían hacer la guerra contra Perseo y los rodios. Sin embargo, muchos de los senadores acusaban a Éumenes de ser el responsable de una guerra de tal envergadura a causa de su envidia y de su miedo. Y los rodios, sólo a la representación de éste, de entre las enviadas por los reyes, le negaron la participación en la procesión del Sol<sup>12</sup>.

Cuando Éumenes regresaba a Asia desde Cirra, subió a Delfos para realizar un sacrificio y cuatro hombres apostados al pie de un muro atentaron contra su persona. Los romanos, de otro lado, también añadieron algunos otros motivos a la guerra contra Perseo, como si aún no estuviese decidida, y enviaron embajadores a los reyes amigos: Éumenes, Antíoco, Ariárates, Masinisa y Tolomeo el rey de Egipto, y otros, a Grecia, Tesalia, Epiro y Acarnania, así como a todas aquellas islas que podían atraerse a su lado. Y esto, sobre todo inquietaba a los griegos contentos con Perseo por su

---

<sup>12</sup> Ya desde los propios autores antiguos están divididas las opiniones sobre los orígenes de la tercera guerra macedónica. En Polibio y Tito Livio (que lo sigue y por quien conocemos íntegramente el hecho) la guerra parece debida al revanchismo de Filipo V, resentido al no haber sido correspondido como esperaba por su ayuda y lealtad a Roma en su lucha con Antíoco III. En cambio Apiano, aunque se hace eco de ese resentimiento y recalca varias veces lo valioso de la ayuda prestada por Filipo, apunta en mayor medida hacia la inquietud de Roma ante el reforzamiento del poderío macedónico, y ve la tercera guerra púnica más bien como una guerra defensiva y preventiva querida por Roma o, al menos, por una parte de los romanos. Véase, al respecto, E. BICKERMAN, «Notes sur Polybe III: Initia belli Macedonici», *Rev. Ét. Grec.* 66 (1953), 479 y sigs. También P. MELONI, *Perseo e la fine della monarchia macedone* (Ann. Fac. Let. Cagl. 20), Roma, 1953, págs. 441 y sigs.

amistad hacia ellos, y, a su vez, obligados algunos a pactar con los romanos.

5 Perseo, al percatarse de esta situación, envió embajadores a Roma, con idea de exponer su perplejidad y preguntar qué les había ocurrido para olvidarse de los acuerdos y enviar embajadores llenos de animosidad hacia él, que era un amigo, cuando lo procedente hubiera sido que, incluso si tenían que hacerle algún reproche, se dilucidase el asunto mediante negociaciones. Y ellos le acusaron de cuanto había dicho y sufrido Eúmenes y en especial de que tenía un ejército y un material bélico impropios de un hombre que desea la paz. Entonces Perseo envió nuevamente a otros embajadores que, una vez introducidos en el Senado, dijeron lo siguiente: «Para aquellos que buscan un pretexto para la guerra, romanos, todo es apto cara a la consecución de dicho pretexto. Y si respetáis los tratados, vosotros que pretendéis tenerlos en una gran estima, ¿en qué os ofendió Perseo para que eligierais la guerra? No, en efecto, porque tiene un ejército y efectivos militares. Pues estas cosas no las posee para causaros daño, ni siquiera impedisteis que las tuvieran otros reyes. Ni es injusto procurarse una situación de seguridad respecto a los súbditos y pueblos vecinos y contra cualquier ataque que pueda venir del exterior. Y a vosotros, romanos, os envió una embajada para tratar de la paz y renovó recientemente los tratados.

6 »Pero, decís, ha expulsado a Abrúpolis de su reino. Y es cierto, pero por defenderse de él, que había invadido nuestro territorio. Y esto, el propio Perseo lo puso en vuestro conocimiento y renovasteis con él los tratados después de este hecho sin que nunca le hubiera acusado Eúmenes. En verdad, el asunto de Abrúpolis es anterior a los tratados y a vosotros os pareció justo cuando firmasteis aquellos. Hizo una expedición contra los dólopes, en efecto, pues eran sus súbditos y sería

terrible si os tuviera que dar cuenta de los actos de su absoluta incumbencia. Pero, con todo, os la da por apreciar en mucho, tanto a vosotros como a su buena reputación. Y estos dólopes dieron muerte con ultraje a su gobernador, y Perseo os pregunta qué hubierais hecho vosotros con vuestros súbditos si hubieran cometido tal infamia. ¡Pero, insistís, los asesinos de Artauro viven en Macedonia! Cierto, de acuerdo con la ley común a todos los hombres, en virtud de la cual también vosotros otorgáis asilo a quienes huyen de otros países. Sin embargo, cuando supo que hasta de ello le acusabais, los expulsó mediante un edicto de todo el ámbito de su reino.

»Y es verdad que combatió al lado de los bizantinos, 7 etolios y beocios, pero no en contra vuestra sino contra otros. Y de esto fuisteis advertidos previamente por nuestros embajadores sin que objetarais el menor reproche hasta la acusación de Éumenes, la que, por cierto, no permitisteis que se la refutaran cara a cara nuestros embajadores. Pero es que, además, le imputasteis a Perseo el atentado que sufrió en Delfos, pese a que ¿cuántos griegos y bárbaros os habían enviado embajadores en contra de Éumenes, de todos los cuales es enemigo por ser un hombre de tal ralea? Respecto a Rennio<sup>13</sup> de Brindisi, ¿quién puede creer que Perseo eligió a un ciudadano romano, amigo y huésped vuestro para envenenar al senado, pensando que podía destruir al senado por mediación suya o que iba a tener más propicios a los demás por haber dado muerte a otros? Nadie, sino que Rennio mintió en favor de los que os incitan a la guerra proporcionándoles un pretexto decoroso. Y, por su parte, Éumenes,

---

<sup>13</sup> Nombre dudoso, tal vez L. Rammio o Erennio, véase VIREECK, 1962, pág. 319, ap. crit., y DE SANCTIS, IV 1, pág. 266, n. 106.

debido a su enemistad, envidia y miedo, no dudó en convertir en objeto de acusación contra Perseo el hecho de que era apreciado por muchos pueblos, que era amigo de los griegos y que detentaba el poder con sobriedad, en vez de ser borracho y disoluto. ¡Y vosotros soportasteis oírle decir esa sarta de mentiras!

- 8 «De seguro que la acusación de aquel la vais a volver incrementada contra vosotros, si dais la impresión de no tolerar a gente moderada, honesta y laboriosa como vecinos. Y Perseo invita a Rennio, a Éumenes y a cualquier otro que lo desee a una investigación en profundidad y a un juicio en vuestra presencia, y a vosotros os recuerda el celo y la ayuda de su padre contra Antíoco el Grande, de la que fuisteis plenamente conscientes cuando se produjo y es una vergüenza que os olvidéis de ella una vez que pasó. Y aduce los tratados que hicisteis con su padre y con él mismo, y por ellos, no duda en requeriros para que respetéis a los dioses por los que jurasteis y no provoquéis una guerra de manera injusta contra vuestros amigos, ni hagáis de la proximidad, temperancia o preparación militar un objeto de acusación. Pues no es cosa digna que, al igual que en Éumenes, también hagan presa en vosotros la envidia o el temor. Antes bien, la postura contraria es la juiciosa, mostrar una actitud condescendiente con los vecinos solícitos y, como dice Éumenes, bien preparados»<sup>14</sup>.

- 9 Tal fue, en efecto, el discurso de los embajadores, y los romanos, sin darles respuesta alguna, ratificaron públicamente la guerra. El cónsul<sup>15</sup> les ordenó que salieran de la ciudad ese mismo día, y de Italia, en el

<sup>14</sup> Sobre estas embajadas y las intrigas antimacedónicas ante el senado romano, véase, en general, WALBANK, *Philip...*, págs. 226-241.

<sup>15</sup> P. Licinio Craso.

plazo de treinta. Estas mismas órdenes fueron comunicadas, mediante un edicto, a los macedonios residentes en la ciudad. Y se produjo, de inmediato, un tumulto cargado de cólera, a raíz de la decisión del senado, al ser expulsadas en pocas horas todas a la vez, tal cantidad de personas y no poder encontrar, en tan breve espacio de tiempo, bestias de carga ni poderse llevar todas sus pertenencias. Por causa de la prisa, algunos no tuvieron tiempo de buscar alojamiento, sino que pasaron la noche en mitad del camino, y otros se precipitaron ante las puertas de la ciudad con sus hijos y mujeres, y ocurrió todo lo que cabía esperar, dada la perentoriedad y el carácter de la proclama, pues les cogió de improviso a causa de las negociaciones pendientes.

*(Exc. de las embajadas de los pueblos 35, pág. 364)*

## 12

Después de la victoria, Perseo, ya sea por gastarle una broma a Craso o burlarse de él o probar cuál era su estado mental, ya sea porque temía la fuerza y los efectivos militares romanos o por algún otro razonamiento, le envió embajadores para tratar de la reconciliación y le prometió entregarle muchas de aquellas cosas en que no había consentido su padre, Filipo, lo que, en mayor grado, hacía sospechar que su intención era la broma y tratar de ponerlo a prueba. Pero Craso le respondió que no era digno de los romanos poner fin a las hostilidades hacia él, a menos que tanto él mismo como los macedonios se pusieran en manos de los romanos. Y avergonzado porque los romanos propiciaron la derrota, tras convocar una asamblea, testimonió en favor de los tesalios por su bravo comportamiento en la desgracia y acusó falsamente a los etolios

y a otros griegos de haber sido los primeros en huir. Y a estos hombres los envió a Roma.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 36, pág. 567*)

## 13

El resto del verano lo pasaron ambos dedicados a la recolección de trigo. Perseo hacía la trilla en el campo y los romanos en el campamento. Y Perseo quiso quemar el rastrojo.

(*Suda, s. v. alōneuómenos*)

## 14

Y éste (Q. Marcio) sobresalía en el trabajo a pesar de tener sesenta años y ser pesado y corpulento.

(*Suda, s. v. pimelē*)

## 15

Y, entonces, alguien se lanzó a la carrera para comunicárselo a Perseo, que estaba tomando un baño y reponiéndose. Y éste saltó del agua gritando que había sido cogido antes de la batalla.

(*Suda, s. v. analambánein, gl. 2*)

## 16

Perseo, recuperando ya el coraje de modo paulatino tras su huida, mató con impiedad a Nicias y Andronico, a quienes había enviado para sepultar en el mar sus riquezas y para quemar las naves, por haber salvado las unas y las otras y pensar que, como sabían de su miedo vergonzoso, también podían comunicárselo

a otros <sup>16</sup>. Y, a partir de este momento, en virtud de un cambio repentino, se hizo cruel y sin escrúpulos para con todos. Y nada de ética y de buen juicio quedó ya en él, sino que él que había sido el más persuasivo en aconsejar bien, el más hábil en razonar y el más osado en el combate, excepto cuando fracasó a causa de su inexperiencia, se volvió, a la vez y de manera ilógica, cobarde e irreflexivo, precipitado, tornadizo de buenas a primeras y torpe en todo, cuando comenzó a abandonarle la fortuna. Lo que, precisamente, es posible ver que le sucede a muchos que, al sufrir un contratiempo, se tornan menos sensatos de lo que eran antes.

(*Exc. de las virt.* 34, pág. 231, de ahí  
*Suda*, s. v. *Perseüs Makedōn* y, en  
parte, s. v. *sunístōr*)

## 17

Los rodios enviaron embajadores a Marcio, congratulándose de la marcha de la guerra contra Perseo. Pero Marcio aconsejó a los embajadores que persuadieran a los rodios para que enviaran una embajada a Roma, con objeto de poner fin a la guerra entre los romanos y Perseo. Y los rodios, al oírlo, cambiaron de actitud, considerando que Perseo no estaba en tan mala situación, pues se figuraban que Marcio no iba a proponerles eso sin contar con los romanos. Pero éste no sólo hizo tal cosa, sino muchas otras más por su propia cuenta, a causa de su cobardía. Los rodios, por consiguiente y a pesar de ello, enviaron embajadores a Roma y otros nuevos a Marcio <sup>17</sup>.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 37, pág. 568)

<sup>16</sup> Véase, sobre estos hechos, DE SANCTIS, IV 1, pág. 296, n. 183.

<sup>17</sup> En realidad, L. Emilio Paulo (véase LIV., XLIV 35, 4-7; ZON., IX 23, 3).

**1** Gentío, rey de una tribu iliria vecina a Macedonia, aliado con Perseo a cambio de trescientos talentos, de los que había recibido una pequeña parte, invadió la zona de Iliria bajo control romano y puso en prisión a Perpenna y Petilio, que habían venido ante él en calidad de embajadores para tratar de estos hechos. Al enterarse de ello, Perseo no le envió ya el resto del dinero, pues pensaba que, desde aquel momento y por su propia actitud, se había colocado en situación de beligerancia con Roma. Envío, en cambio, embajadores a los getas<sup>18</sup> que habitan allende el Danubio e hizo una oferta de dinero a Éumenes para que se pusiera de su parte o contribuyera a solucionar el conflicto o, incluso, se mantuviera neutral en la contienda entre ambos, pues sabía bien que los romanos se enterarían de esto y esperaba conseguir alguna de estas cosas o levantar sospechas contra Éumenes por el hecho de intentarlo. Sin embargo, este último se negó a ponerse de su lado y exigió mil quinientos talentos por su mediación para solucionar el conflicto y mil por su neutralidad. Y Perseo, al enterarse de que ya estaban en camino hacia él diez mil jinetes getas y otros tantos de infantería como mercenarios, desdeñó de inmediato a Éumenes y se negó a darle nada a cambio de su neutralidad, pues implicaba deshonor para ambos. Dijo, además, que no le entregaría ningún dinero a él personalmente por su mediación en el conflicto, sino que lo depositaría en Samotracia hasta que la reconciliación fuera efectiva, al haberse vuelto ya inconstante y puntilloso en todo

---

<sup>18</sup> Los bastarnas; véase A. J. REINACH, «Delphes et les Bastarnes», *Bull. Corr. Hell.* 34 (1910), 249-330, en especial pág. 291, n. 1. Sobre la cuestión de si los bastarnas eran una tribu germana o celta, véase WALBANK, *Philip...*, pág. 236 n. 5.

por obra de la demencia que en él había puesto la divinidad.

En una sola cosa de las que esperaba no fracasó, sin embargo: en que Éumenes se hiciera sospechoso a Roma. Cuando los getas cruzaron el Danubio, su jefe, Clelio, exigió que le fueran entregados mil estateres de oro; a cada jinete, diez, y la mitad, a cada soldado de infantería. En total, la suma representaba poco más de quince mil piezas de oro. Sin embargo, Perseo les envió algunos emisarios con clámides, collares de oro y caballos como regalo para los jefes y diez mil estateres, y cuando estaba cerca, mandó a buscar a Clelio. Pero este último preguntó a los emisarios si traían el oro y, al enterarse de que no lo tenían, les ordenó volverse con Perseo. Cuando Perseo se enteró de esto, aguijoneado de nuevo por la divinidad, acusó a los getas entre sus amigos por su cambio de actitud, propio de su naturaleza poco fiel, e hizo como que no tenía valor para recibir a veinte mil de ellos en su campamento, sino a diez mil a lo sumo, a los que podía dominar en caso de que se rebelasen.

Y, mientras decía estas cosas a sus amigos, perseguía otras para los getas y solicitaba la mitad de su ejército, prometiendo entregarles el oro estipulado. Tan lleno de sinrazón estaba preocupándose ahora de las riquezas que poco antes había ordenado arrojar al mar. Clelio, al ver a los emisarios de vuelta, les preguntó a gritos si traían el oro y, cuando quisieron hablar de otro asunto, les ordenó que hablaran en primer lugar sobre el oro. Tan pronto como supo que no lo tenían, sin tolerar siquiera oírles decir una sola palabra, condujo de vuelta a su patria al ejército. Perseo, pues, se vio privado también de esta ayuda numerosa y llegada en un momento oportuno. Y a causa de su insensatez, mientras invernaba en Fila y tenía un ejército nutrido, no llevó a cabo ninguna incursión contra Tesalia, que

proporcionaba provisiones a los romanos y, en cambio, envió tropas a Jonia para impedir que les llevaran alimentos desde allí.

(*Exc. de las virt.* 35, pág. 232)

## 19

La divinidad tuvo celos de Paulo por su inmensa fortuna. Y <sucedió que> de los cuatro hijos que tenía había entregado a los dos mayores, Máximo y Escipión, a otras familias para su adopción y los dos más jóvenes murieron ambos, uno tres días antes de celebrar su triunfo y el otro, cinco días después. Paulo expuso ante el pueblo este hecho con mayor relieve que cualquier otro. Pues como quiera que existía la costumbre de que los generales dieran cuenta detallada de sus actos, al presentarse ante el foro dijo que había efectuado la travesía desde Brindisi a Corcira en un solo día y, en cinco más, el viaje desde Corcira a Delfos, donde llevó a cabo un sacrificio al dios, y, en otros cinco días, se presentó en Tesalia y asumió el mando del ejército, y que en otros quince días, a partir de ese momento, había apresado a Perseo y conquistado Macedonia<sup>19</sup>. Prosiguió diciendo que, al haber alcanzado todos estos objetivos con tanta rapidez, tuvo miedo «no fuera a ser que le sobreviniera alguna desgracia al ejército cuando regresaba a vuestro lado, pero, una vez que se encontró éste a salvo, el miedo fue por vosotros —dijo—, pues la divinidad es envidiosa. Sin embargo, al haberse abatido contra mí la desgracia y haber perdido de golpe a dos de mis hijos, soy el más desventurado de los hombres en lo que a mí respecta, pero, en lo que a vosotros concierne, estoy libre de ansiedad». Después de pro-

---

<sup>19</sup> Véase, sobre este punto, DE SANCTIS, IV 1, pág. 361.

nunciar estas palabras fue objeto de admiración por todos sus hechos de armas, y de lástima, por causa del destino de sus hijos, y al poco tiempo murió.

*(Exc. de las virt. 36, pág. 233)*